

PRIMERA PARTE

EL CIUDADANO Y EL TRIBUNO.—EL POETA Y
EL PUBLICISTA.—EL POLÍTICO Y EL
APÓSTOL.—EL ORADOR Y EL PROSCRIPTO

PRIMERA PARTE

ADARZO Y HEREDIA — EL POETA Y
PUBLICISTA — EL POLICIA Y EL
CRIMINAL — EL ORADOR Y EL PROGRESIVO

Juan Carlos Gómez

Vitam impendere vero.

JUVENAL

I

Yo también fui su impugnador;
Yo también, como Pedro, negué dos veces
al maestro, y le llamé *implacable Casandra* ⁽¹⁾.

¡Ah! no era el maestro ni el apóstol el
que estaba en el error.

Era yo; eran sus discípulos; eran casi todos
sus contemporáneos; eran las pasiones
fanáticas de la época, enamoradas de una
Deidad quimérica; fueron los ortodoxos de
la patria chica, los que calumniaron y con-

(1) Palabras de mi discurso en la inauguración del monumento de la Florida, el año 1879, al evocar al poeta laureado don Aurelio Berro.

denaron á ese Galileo inmortal, que ha muerto también impenitente, negándose á toda abjuración y abrazado de la verdad, como Cristo, otro mártir de la libertad, al leño de la Cruz, dejando á la posteridad consciente el legado piadoso de vengarle al glorificar su memoria.

Al aceptar, pues, la misión con que me ha honrado la juventud de mi patria, á la vez que cumplo un deber de discípulo agradecido, me impongo una penitencia voluntaria que absolverá mi conciencia de un pecado de juventud, original en nuestra raza, sedienta de condenar á nuestros mayores sin estudio y reflexión, de demoler sin edificar, de tarquinizar todo cuanto se levanta sobre nuestra humillante vulgaridad.

Juan Carlos Gómez no puede biografiarse en pocas páginas, porque su tránsito luminoso por la patria abraza la mitad de nuestra historia; como no puede biografiarse la de Ignacio Ramírez, el Voltaire mejicano, el rival victorioso de Castelar; ni la de Andrés Bello, el mentor de medio continente; ni la de Sarmiento, el Pericles de la nación argentina; ni la de Mitre, el vencedor de Pavón, el ínclito generalísimo

de la triple alianza, el compañero titánico de Gómez en las luchas épicas por la libertad en tres Repúblicas; ni la de Montalvo, el bardo proscrito y siempre incandescente contra los tiranos del trópico; y como la de tantos otros mesiánicos de América, que reclaman un libro y la vida de un verdadero historiador.

Y yo estoy lejos de serlo. Por eso debo tan sólo concretarme á ser su intérprete, como que apenas adolescente fuí su amanuense para dar á la prensa aquellos famosos artículos que electrizaran la opinión allá por el año 1857; y más tarde, cuando la ola de proscripción en turno, me lanzó á su lado á la otra orilla del Plata, fuí en su estudio el recipiendario de sus lumbres, de sus confidencias, de su decálogo político, que apenas comprendía entonces, que en mis nostalgias patrias hasta irreverente osaba contradecir, y del que apenas hoy podrá ser el fonógrafo para revelar á su gran Patria del Plata, cuál fué su pensamiento íntimo, abriendo, por decirlo así, su testamento ológrafo, para darle la forma nuncupativa que haga fe ante la posteridad.

II

Más que sus rasgos morales, interesa á sus dos patrias vindicarle de las calumnias plebeyas, con que la ignorancia procaz y las pasiones menguadas amargaronsu ostracismo, que parece ser el sino de todos los hombres superiores, que nacen, como las washingtonias, en tierras volcánicas.

Sólo me toca revelar, como Platón en sus diálogos, lo que fué este Sócrates del Plata, tan puro, tan incorruptible, tan estoico como aquel maestro inmortal de la Hélade; demostrar que el único error que cometió fué penetrar demasiado, con su doble vista, en los arcanos del porvenir; sublevar, como Jesús, las iras de los fariseos de su tiempo, y querer arrojar de golpe á los mercaderes del templo de la Patria, creyendo que bastaba en estos tiempos desplegar el estandarte del Profeta para ser creído, ó fundar una Academia, como Platón, para encontrar discípulos reverentes con que poder reconstruir el Virreinato sobre los escom-

bros amontonados por tantas convulsiones sangrientas—sobre las grietas que habían dejado en estos organismos políticos la acción disolvente del caudillaje, las idolatrías cobardes de la fuerza, el bizantinismo egoísta de las plutocracias dominantes, olvidando que para reconstruir es preciso demoler, y que cuando la razón no impera, sólo demuele y reconstruye la cimitarra ó la espada, que convierte la utopía en la Cruz ó en la Media Luna triunfantes, y que los *hechos consumados*, como él decía hablando de la unidad de Alemania y de Italia, no fueron tales sino cuando se sellaron en Versalles rendida y sobre los muros abatidos de Roma, como siglos antes se enalzó la hostia cristiana sobre los derruídos minaretes de Granada.

No escribiré, pues, su luminosa biografía, que requiere espacio y una brillante recopilación histórica de los anales de tres Repúblicas.

Para dar relieves estatuarios al apóstol, para glorificar su memoria y encarnarla en la mente de la juventud (que acaso está llamada á realizar su grande obra), bastará que consigne los principales rasgos apolo-

géticos de esta existencia meteórica, que fué el Saúl de la unificación del Plata, y en la astronomía política de los pueblos el Leverrier que enfocó su mirada telescópica en un mundo desconocido, cuya posición matemática fijó en el firmamento del porvenir.

Todos saben que fué Montevideo su cuna, y que vió la luz el 25 de Julio de 1820.

En 1833, apenas adolescente, fué el alumno más laureado de la Escuela Mercantil ⁽¹⁾, y en ella recibió de manos del mismo Presidente de la República, general Rivera, junto con los primeros premios en todas las clases, ganados con su precoz talento, *el espaldarazo que lo armó caballero* ⁽²⁾ de la causa del derecho y de la libertad.

El gran soldado de esa noble causa ungió al joven tribuno, como Samuel á David, rey del pensamiento en tres Repúblicas.

En ellas fué sin flaqueza el campeador infatigable de esa Deidad de sus sueños, á

(1) Dirigida por el señor don Miguel Fortes.

(2) Palabras tomadas de los Apuntes biográficos, aun inéditos, que ha facilitado al autor, su ilustre amigo el doctor Luis Melián Lafinur, uno de los más fervorosos discípulos del gran maestro.

la que dedicó un magnífico canto ⁽¹⁾ á los veinte años, cuya primera estrofa, como una de las más preciosas joyas del Parnaso Americano, no podemos dejar de engarzar en su biografía, pues es el programa sintético de toda su vida, tan caballeresca como immaculada.

«En las ardientes horas de juventud temprana,
Mi mente entusiasmada soñó la libertad,
Y envuelto en mis delirios espero la mañana
Que alumbré al mundo todo de eterna claridad.»

III

¡Ah! el poeta murió acongojado, *envuelto en sus delirios*, pero viendo marchar hacia el afelio ese astro que *en su juventud temprana*, como todas las almas vírgenes, poseídas por la ansiedad del ideal, creyó que se acercaba hacia su perihelio.

Gómez fué de esos amantes únicos que no tuvo dudas en su amada, ni desmayos en su fe, y cuyo brazo hercúleo fortificaban los años y los reveses en los torneos de la política.

(1) Este canto está publicado en la « América Póetica ».

Tenía el estro claroyidente de Bolívar en sus delirios sobre el Chimborazo, el alma bravía de Santander, la constancia estoica de Morazán, la pureza espartana de Mitre, el desinterés de Cincinato y la integridad de Cimón.

Todo eso fué Gómez en las múltiples facetas de su existencia accidentada, como peregrino de ideales superiores á su tiempo, como apóstol infatigable, como polemista eximio, como tribuno elocuente, como jurisconsulto encanecido, como publicista irradiente y como caballero perdonavidas, después de presentar su pecho á la bala inoble del más afamado duelista del Plata (1).

(1) Este duelo fué con el señor don Nicolás Calvo, redactor de *La Reforma*, que habia vuelto de París, donde se habia perfeccionado en el manejo de las armas, con fama de gran tirador y exímio esgrimista, y con intento de provocar á duelo á la *Fundilla*, que así llamaba en su diario á los más esclarecidos prohombres de Buenos Aires.

«Un día, Juan Carlos Gómez, indignado de estos inoables desafueros tocó el móvil y el objeto de esa algarabía, diciendo: *No hay nada más despreciable que el honor de un espadachín, si no es el valor de un espadachín.*

«En el duelo á pistola que se siguió, le tocó la parte más noble á Gómez, quien perdonó la vida á su adversario, con aquella frase de sublime magnanimidad:

«*Yo no he venido á matar, sino á morir, y descarga su pistola al aire.*»

Surmiento: *Anécdotas*, pág. 134.—*Corona fúnebre de J. Carlos Gómez*, pág. 95.

Obligado á emigrar cuando las huestes vandálicas de Rosas invadieron, el año 1843, el país, después del doloroso desastre del Arroyo Grande, que lo sorprendiera en campaña, se dirigió á Río Grande, creyendo encontrar en la familia asilo, y apenas aspiró algunos meses sus brisas tropicales, es obligado á abandonar *ese hogar tranquilo*, en donde el eco de sus producciones y cantos le había concitado fama de revolucionario y, como consecuencia, las iras suspicaces de la política imperial y esclavócrata de aquellos tiempos, en que todavía no habían resplandecido en aquella gran República, dominada hoy por una democracia libre, inteligente y culta, los rutilantes rayos de la constelación del Sur, que hoy reemplaza en su escudo el campo de gules de la Corona de Braganza.

Desterrado perpetuo como el Dante, deja á su hermana aquella tierna despedida que ritmará eternamente el corazón de todos los proscriptos, y que es digna del cantor romántico de la libertad:

Adiós, hermana, adiós; tiendo la vela
Otra vez á la mar embravecida:
No deban las tormentas de mi vida
Azotar las paredes de tu hogar.

Prostrado de teístera y de fatiga
Quise buscar en la familia asilo,
Y sólo vine de tu hogar tranquilo
A perturbar la sosegada paz.

Adiós, hermana, adiós; Él no lo quiere,
Me niega un día de descanso, ¡un día!
Fuerza es seguir la dolorosa vía
Y á mi calvario con la cruz llegar.

IV

Y llegó al fin, pero algunos años más tarde, después de recorrer una larga vía crucis y de ayudar con los acentos de su palabra, á derribar el Nerón del Plata.

Pocas veces los bardos sienten lo que cantan.

Juan Carlos Gómez no fué nunca uno de esos poetas que sienten con la imaginación, que desacreditan las musas; cuya vida y^r cuyos hechos delatan un desmentido á los ecos tiernos de su laúd, cuya sonoridad es una ironía, como el canto de los grillos, cuando se ve de cerca su miseranda pequeñez moral.

No; Juan Carlos Gómez tampoco fué, como Juvenal, el eco perenne de una indignación sibarita: todo en él fué sincero, entusiasta, caballeresco, sentimental y, como el Tasso errante y desgraciado, tuvo también su Leonora, á la que consagró los latidos más puros de su alma y á la que dejó por despedida, al marchar al ostracismo, aquellas estrofas que han tramontado ¡los flancos del Parnaso de América y besado las playas de Europa:

¡Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
La tempestad continua que azota mi bajel,
Y por mi vida elevas desconsolado rugo,
Perdida la esperanza de que me salve en él?

No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento
El corazón más fuerte, más alto que ese mar;
Aunque la balsa es frágil, la vela ciñe al viento
Y en el timón batido firme la mano va!

Si el huracán arroja y aligera el leño
Es fuerza á cada instante para poder bogar,
Iré arrojando al piélago una ambición, un sueño,
Una afeción querida, una esperanza más.

Y he de llegar al puerto, he de pisar la orilla,
Al templo de la patria he de llevar honor.
¿Qué importa que en la playa deje la rota quilla,
Si pengo en sus altares la vela y el timón?

Y pisó al fin la ambicionada orilla de la patria, y si, como Telémaco, dejó en la playa

la rota quilla, después puso en sus altares las velas y el timón, esas velas que desplegó en Chile en defensa de la justicia, del derecho y de las libertades humanas, y ese timón con que pilotó al partido liberal de ambas márgenes del Plata en las luchas legendarias de nuestra doble organización política y social.

En cualquier otro vate de esos atales que ruedan por el mundo buhonando lágrimas, haciendo vibrar sus arpas al pie de los triclínios de los tiranos y los déspotas, esos alejandrinos serían ridículos, como lo son los de casi todos los poetas sin carácter; pero en los labios del gran proscrito uruguayo son la elegía de su martirologio perpetuo y la honra de su raza.

V

En Chile se confunde y fraterniza con todos los conspicuos emigrados argentinos que habían escapado al puñal del tirano del Plata. Allí encuentra á Alberdi, el que más

tarde debía ser el Solón argentino; á Ocampo, el codificador comercial de Chile; á Sarmiento, el Horacio Mann de Sud-América; á Tejedor, el eminente criminalista; á Joaquín Godoy, á Sarratea, al general Las Heras, á José Domingo Oro, á Martín Zapata; y años después, llevados también por el oleaje de la proscripción, á Vicente Fidel López, á Juan María Gutiérrez y á Mitre, el artillero de la Defensa, el amigo de Ballivián, el proscrito del Perú,— pléyade incomparable de varones de Plutarco, que encontraron refugio honroso en aquel regazo libre de América, para incorporar más tarde la savia de sus talentos en las luchas por la organización y las libertades del Plata.

Pronto la fama de Gómez cunde; su palabra fogosa, sibilina, se hace oír con entusiasmo en los centros políticos. Se descubren en él las vibrantes osadías de Pablo Luis Courier y la acentuación apostólica de Mazzini.

Sus primeros escritos deslumbran é imponen su candidatura para suceder á Alberdi, que redactaba *El Mercurio*, el decano de la prensa chilena, — en el que se sienta como

en un trípode para lanzar los raudales délficos de sus ideas, nuevas, atrevidas, luminosas, sobre todas las cuestiones políticas, económicas y sociales que se debatían en aquella república hermana, y para llenar á la vez la tarea de la vida, como dijo Mitre, *amasando el pan diario que nutre los espíritus* (1).

Todo desplegó en aquella tribuna, preludio de las que más tarde fundara ú ocupara en el Plata: galas de estilo insólitas, que producían estremecimientos en aquella sociedad de educación académica; profundidad de pensamiento Shakespeariano; erudición clásica; y con esas armas, en que alternaba el fuego griego de Arquímedes con la catapulta romana, derriba gabinetes como el de Montt y el de Camilo Vial, encarrila gobiernos como el de Bulnes, y *amando siempre la libertad para Chile, como para el Río de la Plata y el mundo entero* (2), lidia, como Byron y como Hugo, por la causa de la justicia y del derecho, sin más divisa que el lema de Juvenal: *vitam impendere*

(1) Discurso del general Bartolomé Mitre, pronunciado sobre la tumba del prócer. (*Corona fúnebre*, pág. 1).

(2) Palabras de Gómez, consignadas en la carta que dirigió á B. Cuartín y á Vicuña Mackenna. (*Tribuna de Buenos Aires*, año 1877).

vero, que hizo suyo, como lo hizo Rousseau; forja en su yunque de ciclope presidencias, llevando al poder á don Manuel Montt, el sabio profesor del Instituto—por más que antes lo hubiera combatido,—y lo lleva *en hombros de la juventud universitaria, como expresión de la democracia ilustrada contra el peluconismo y el pipiolismo* (3), *contra la oligarquía y la demagogia*.

Y después del triunfo despreció ofertas de posición material y honores, con que quiso colmarle el presidente Montt, aceptando sólo el regalo de 3.000 \$ que le hizo, agradecido, todo el comercio de Valparaíso, para poder regresar al Plata (4), y de Montt la edición completa de todos los clásicos latinos, que por disposición testamentaria donó después de su muerte su albacea (5) al Ateneo de su patria.

Es este desinterés supremo lo que más ha caracterizado la grandeza de este Cincinnati legendario de la libertad.

(1) Palabras de Gómez, consignadas en la carta que dirigió á B. Cuartín y á Vicuña Mackenna (*Tribuna de Buenos Aires*, año 1877).

(2) Carta contestando alusiones de los señores Blanco Cuartín y Vicuña Mackenna, publicada en *Tribuna de Buenos Aires*, año 1877.

(3) El doctor don Benigno A. Jardim, que dió exacto cumplimiento á esa manda.

Pero no sólo en Chile, sino en todas partes se conduce lo mismo.

Sus manos, como las de los flamines, sólo tocaban el oro para llevarlo como ofrenda al altar del sacrificio, ó para confortar al oprimido. Siempre despreciando el peligro para aliviar el dolor, como lo probó formando parte de las Comisiones populares de asistencia pública, tanto cuando la epidemia de fiebre amarilla azota, el 57, á Montevideo, como en 1871 á Buenos Aires, y de que hablaremos más adelante.

Derrocado Rosas por los ejércitos aliados, resuelve al fin regresar á la patria, dejando en el hospitalario Chile, con su estoicismo, con *la potencialidad de pensamiento, con el vigor de raciocinio y la elegancia de formas* ⁽¹⁾ que había desplegado en sus luchas institucionales, un cono de lumbreros que, como la luz zodiacal, destella todavía recuerdos impercederos sobre la compleción plástica de aquella raza, la más sobria y acaso la más equilibrada del Continente Sudamericano.

(1) Pedro Pablo Figuecoa: *Los Pensadores Americanos*, pág. 56.— Santiago de Chile.

VI

Regresa á su tierra natal, el año 1852, y la encuentra exangüe, convertida en un cráter de odios y rencores prontos á volver á entrar en ignición.

Comprende, como Pacheco y Obes, el alma tirteana de la Defensa, la necesidad del olvido, de predicar la fraternidad, de reconstruir sobre tanta ruina.

Venía de un mundo adonde sólo habían alcanzado los ecos de la desolación y de las tablas de sangre. Podía, pues, compadecer y curar, porque no odiaba.

Por eso, sin calcular que podía agitarse en el vacío, da impulso á la formación de la Sociedad de Amigos de la Paz, de la que, como Arago, en el Instituto de Francia, es secretario y alma, á la vez que funda la Sociedad Protectora de los inmigrantes, en defensa del elemento extranjero, que había derramado á la par del elemento nacional su sangre dentro de los muros invictos de la Nueva Troya, y al que las pasiones exaltadas

del partido del Cerrito, que estaba en mayoría en las Cámaras de 1853, no perdonaba que hubiese hecho causa común con los defensores de la plaza contra los tiranos. Suya es aquella frase que circula aún por América, de que *el pensamiento no tiene patria, que es ciudadano del mundo.*

La popularidad de Gómez crecía por momentos, tanto en el elemento nacional como en el extranjero, que veían en él el caudillo del cosmopolitismo humanitario, y fué entonces cuando, á instancias de sus amigos, fundó *El Orden*, órgano del Partido Conservador, llamado así porque su misión y su programa era *conservar en toda su pureza la tradición histórica y las ideas, principios é intereses de la Defensa, contra las agresiones de don Juan Manuel Rosas* ⁽¹⁾.

El partido conservador, por la pureza de sus principios, por sus levantados ideales, por sus tendencias conciliadoras, por su aspiración á la regeneración nacional sobre la base de las más acrisoladas virtudes cívicas, debió ser la levadura de nuestra transfor-

(1) *El Orden*: editorial del 26 de Julio de 1853.

mación política, como lo soñara Gómez, si las pasiones de nuestra raza no fuesen de un atavismo incurable.

No obstante eso, fué durante varios años la agrupación genuina del dogma de la Defensa, el colegio sacerdotal que custodió el Paladión de la libertad al través de las más sangrientas vicisitudes de nuestra historia, la escuela liberal donde se educaron todos los hombres de principios y de sacrificio, que si al lado de Rivera, Lavalleja, Suárez, Paz, Pacheco y Obes, Manuel Herrera, Santiago Vázquez, Varela, Castellanos, Rivera Indarte, Lavalle, Echevarría, Mármol, Gutiérrez, Agüero, Alsina, Lamas, Cané, Muñoz, César Díaz, Solsona, Magariños, E. Martínez, Lorenzo Batlle, Flores, habían combatido á los tiranos del Plata, años después combatieron, bajo la enseña gloriosa, pero desgraciada, del partido conservador, los extravíos prepotentes del caudillaje blanco y colorado, los errores de la política de fusión, el contumelioso Pacto de la Unión de 1855, para caer vencidos en las dragonas de Noviembre, dispersándose, como los hugonotes, con sus enseñas y sus esperanzas, pero para volver á caer más tarde sa-

crificados en la hecatombe de Quinteros, que consternó á la América y enlutó al país el año 1858, extendiendo sobre él la noche polar del infortunio, que muy luego debía dar bandera á la gran cruzada libertadora de 1863.

¡Ah! ¡cuántas lágrimas y desastres se habría ahorrado el país, si las ideas de Juan Carlos Gómez hubiesen encontrado eco en las conciencias empedernidas de aquellos luctuosos tiempos de obcecación, de violencias é intolerancias semibárbaras!

Pero no todos le escucharon, ni le dieron tiempo á desarrollar sus planes y poner en práctica sus dotes experimentadas, que acaso habrían salvado al país. La ambición de mando, la sed de predominio y de riqueza en una sociedad sin población, empobrecida, sin industrias, sin crédito, verdadero *Pandemonium* ulcerado de envidias y rencores, tenían necesariamente que hacer naufragar todo apostolado que no se impusiese con la violencia, porque es ley de la historia que las sociedades anarquizadas se dejen esclavizar por la fuerza, pero jamás por la razón ó el genio.

A la hidalguía de los unos, siempre corresponden las perfidias astutas de los otros.

VII

Derrocado el gobierno reaccionario de Giró, cuya elección es un proceso al candor de los principistas de la Defensa, estalla la revolución expiatoria de Julio de 1853, que los mismos partidarios del gobierno de Giró habían provocado, constituyéndose luego un gobierno provisorio con las personalidades más conspicuas de la causa de la Defensa. — Rivera, Lavalleja y Flores fué el triunvirato á quien la revolución triunfante confió el gobierno.

En aquellos tiempos todavía se respetaban los prestigios y los antecedentes de los hombres,—y los sacrificios á la causa ó al país, eran los títulos únicos para confiarles el poder.

Las luchas eran apasionadas, pero no artificiosas ni bastardas, y la intriga y el servilismo buscaban la sombra de personajes consulares para enroscar sus tentáculos.

Aun para ser Ministros, no había llegado la hora de los sietemesinos, y era me-

nesser representar algo, caracterizar algún esfuerzo, para ser guardasellos y pisar los umbrales del poder.

Tampoco los Ministros de aquellos tiempos tenían largas internadas entre los icebergs de la política, ni lucían el egoísmo de adaptación que adquirieron en las últimas décadas, en que casi no han sido otra cosa que tibores de gabinete, fundidos en un avatarismo socorrido con el jefe del Diván.

De un triunvirato tan representativo como Rivera, Lavalleja y Flores, sobre todo los dos primeros, que habían polarizado toda la historia de la República desde su independencia, no podía menos de nacer un Ministerio que tuviese en el país y en el propio partido triunfante una representación integral de la culminancia jerárquica de aquel gobierno.

El doctor Juan Carlos Gómez y el general don Lorenzo Batlle fueron esos Ministros, y el general Pacheco y Obes, alma de la Defensa y de la revolución de Julio, el Jefe de Estado Mayor.

Ningún inédito: todos miembros de la orden de templarios de la Libertad.

Por eso los decretos que llevan su firma

fueron otros tantos solios de justicia, eminentemente reparadores.

El primero de todos fué aquel decreto que derogó el de 17 de Septiembre de 1853 del gobierno de Giró, contrario á las *garantías constitucionales* dictadas en favor de la libertad de imprenta ⁽¹⁾ (sic).

El segundo, para *restablecer en todo su vigor las estipulaciones del pacto de Octubre de 1851* ⁽²⁾ (sic), que consagró la unión de todos los orientales bajo el dogma pacificador de *no hay vencidos ni vencedores*, tantas veces profanado por nuestras discordias fratricidas.

Y el tercero, para convocar al país á comicios generales, con dobles poderes *para revisar también la Constitución del Estado* ⁽³⁾ (sic).

Estos tres decretos rasguean el carácter moral y político del prócer á quien sus más esclarecidos discípulos, al entregar sus des-

(1) *La Política de Fusión*, por el doctor Carlos Ouetó y Vianna, página 88.

Merece consultarse esta obra del aventajado escritor nacional, discípulo entusiasta de la escuela fundada por Juan Carlos Gómez, y en la que la juventud uruguaya encontrará una compilación preciosa de documentos sobre esa oscura época de nuestra historia.

(2) Decreto de 15 de Octubre de 1853.

(3) Decreto de 27 de Octubre de 1853.

pojos á la tumba, llamaron, los unos, como Juan Carlos Blanco, *maestro y prototipo de consecuencia perseverante y de inquebrantable fe en las instituciones democráticas* ⁽¹⁾; otros, como Mariano Varela, *león con alma de poeta* ⁽²⁾, y Lucio Vicente López, *el último gentilhombre* ⁽³⁾, y á quien yo, si no fuera inmodestia, llamaría, como el poeta llamó á Rienzi, *el último tribuno*, porque como aquel romano, que soñó con reunir la Italia en una República única, con Roma por capital, Gómez soñó reunir el Plata en una República unida y federativa, con su capital en la ciudad invicta, en la reina del mar, en Montevideo.

VIII

Olvidar, reconciliar, levantar los espíritus en la eucaristía de la Patria, garantir

(1) *Corona fúnebre de Juan Carlos Gómez*: discurso del doctor Juan Carlos Blanco.

(2) Ídem de don Mariano Varela.

(3) Ídem de don Lucio Vicente López.

y hacer carne las libertades que había predicado en la llanura, pregonar grandes y nuevos ideales prácticos y propender á la reforma de la Constitución, que fué la obsesión de toda su vida, para lavar de la frente del país el oprobio de haber sido sometida *al beneplácito* de poderes extraños,—tal fué aquel gran espíritu, todo gallardía, todo ideales, todo sacrificio, que, después de la patria, sólo amó la justicia póstuma.

Las pasiones, la ignorancia fangosa de la época y los sucesos burlaron los salmos de su sublime salterio político, pero su obra socrática hizo y sigue haciendo escuela.

El pacto de Unión del 11 de Noviembre de 1855 (y el sacrificio alevé del partido Conservador, ultimado en el Fuerte por las fuerzas coaligadas de dos caudillos militares) arrojaron á Gómez y sus amigos á Buenos Aires, y eso no sin haber dado un año antes otro grande ejemplo de austeridad cívica, que tan pocos imitadores ha tenido en nuestro país.

Nombrado miembro del Superior Tribunal de Justicia, después de su separación del Ministerio por no haber querido

acompañar al gobierno de su tradición política por la escabrosa senda de las represalias á que los sucesos lo empujaban, declina este alto honor y eleva su renuncia, en 8 de Mayo de 1854, *por no reconocer en su persona las cualidades que el artículo 102 de la Constitución del Estado exigía para desempeñar ese alto puesto.* ⁽¹⁾

Hacia dos años que había regresado al país y no tenía aún los cuatro años de ejercicio de la profesión de abogado que requiere ese artículo. Siempre austero, siempre inexorable consigo mismo, siempre inmolando sus conveniencias al culto druídico de los principios, como cuando sus electores de la Colonia lo quisieron nombrar senador á despecho de la prepotencia oficial.

Lo propio hizo en ocasión análoga, el año 1877, ya con residencia fija en Buenos Aires, cuando la opinión ilustrada del gobierno, de la prensa y del claustro universitario lo designan para Rector de la Universidad, por renuncia del doctor Vicente Fidel López.

(1) Diario de Sesiones de la Asamblea General, tomo II, pág. 410.

Merece consignarse el primero de los fundamentos que la escrupulosa conciencia del gran proscrito alega para declinar ese honor.

Dice así: 1.º Porque el rectorado es un empleo público que exige ciudadanía, y no simple ejercicio de profesión como el de catedrático, y usted sabe que las cobardías de la política argentina me hicieron extranjero en la patria en que nací, arrojando fuera de ella al Estado Oriental, *cuya suerte correré hasta el fin, con todos los dolores y todos los infortunios que impone á sus hijos.* ⁽¹⁾

¡He ahí el traidor, he ahí el apóstata, he ahí el renegado, he ahí el tráfuga! haciendo escrúpulo de no ser ciudadano legal de un país á cuya organización política había contribuido en primera línea redactando *Los Debates, La Tribuna y El Nacional*, siendo el Presidente perpetuo del Club Libertad, el hermano de armas de Sarmiento, de Mitre, de Avellaneda, de Vélez, de López, de Alsina, en aquellas frondas

(1) Carta al redactor de *La Tribuna*, don Mariano Varela, publicada en ese diario en 5 de Julio de 1877.

épicas por la libertad y el derecho, durante las décadas gestatorias de 1858 hasta 1878.

¿Se ven acaso en nuestros días muchos ejemplos de tanta grandeza moral, de tanto desinterés, de tanta austeridad de principios?

Sólo Garibaldi, nacido en Niza y libertador de Italia, pudo decir otro tanto y considerarse extranjero en su propia patria.

IX

Pero al fin llega la segunda hora en que el proscripto vuelve á la patria, cuando la ve acongojada por la desoladora epidemia de 1857, y en que la causa victoriosa de las libertades que había defendido en Buenos Aires, quedaba ya triunfante y afianzada.

Yo no estoy bien al lado de mis amigos afortunados— dice en La Tribuna que redactaba— cuando me llaman mis compatriotas desgraciados; y sin trepidar

aprovecha la tribulación común para *correr á Montevideo á recoger los cadáveres de las calles y compartir el dolor de sus compatriotas* (sic).

Cúmpleme estar al lado de los que sufren y de los que mueren ⁽¹⁾, dice, y sin que nadie ose pedirle cuentas al proscripto por haber quebrantado su destierro, atraviesa el Estuario para venir á la patria á tomar el mando de una de las brigadas del dolor, aquí donde casi todos los políticos huían cobardes del campo de batalla de la muerte, incluso sus victimarios, y en esas horas aciagas en que hasta las mismas fieras se hacen medrosas y se esconden en sus guaridas, y sólo los hombres superiores ponen á prueba el temple marcial de su alma.

Es en esta segunda etapa de su procelosa existencia en la patria, en la que infundiendo respeto hasta á sus más caribes adversarios, afronta el terror que se había apoderado de la situación, y se hace cargo de la redacción de *El Nacional*, volvien-

(1) *La Política de Fisión*, por Oneto y Viana, ya citada, pág. 219, y *Anales de la J. E. A.* del mismo año.

do á congregar á su partido disperso y amilanado, logrando dar tono á la lucha comicial más tormentosa y trágica que recuerda nuestra historia.

Flores, burlado por su éforo del Pacto de Unión, se había alejado del país, y el gobierno de Pereira había caído en brazos de la reacción triunfante de los hombres del Cerrito, cuya destreza maquiavélica los había vuelto á hacer dueños de la situación.

El Nacional entonces despierta, con la trompeta de Joél, á todos los caídos, electriza de nuevo los corazones con sus parábolas bíblicas, abre formidable campaña contra las arbitrariedades tartáricas de aquel gobierno decrepito incubado por el Pacto de Unión, azota con su acento apocalíptico las mentiras grotescas de la política de fusión — tantas veces escarnecida en la *Sociedad de Amigos de la Paz*, en la *Unión liberal* — en el Pacto de Unión, — muestra en el anfiteatro del dolor el cuerpo de la patria, empobrecido y ulcerado, arenga como Graco, y levanta, como el primero de los Macabeos, la fibra del pueblo oprimido, enseñándole el camino de la Jerusalén liberada.

Era en esos días de exclusivismo y opresión, que el Gobierno y las Cámaras se aprestaban á sancionar clandestinamente el tratado de Revisión de Comercio y Navegación celebrado con el Brasil en 1851, que el negociador oriental había traído misteriosamente enfardelado en sus malas.

La opinión patriótica de casi todos los partidos se había sublevado en masa contra esa clandestinidad litúrgica, y *El Nacional*, redactado por Gómez, se puso al frente de ese clamor patriótico que aterró á las Cámaras y determinó su clausura ⁽¹⁾, que hizo vacilar al gobierno de Pereira, que motivó la acusación fiscal de *El Nacional*, más tarde la prisión en un calabozo de su redactor, Juan Carlos Gómez, y, poco tiempo después, su destierro.

X

Yo era en esos días su escribiente, y aunque apenas adolescente, me tocó pre-

(1) Decreto de 20 de Octubre de 1857.

senciar aquellos cenáculos de veteranos y próceres de la Defensa que casi á diario concurrían á su estudio de la calle Zavala, donde Gómez, á eso de las 3 p. m., me dictaba los editoriales de *El Nacional*.

Todavía recuerdo los hechizos de su palabra fascinadora, que tenía pendientes de sus labios á más de cien personas, que le escuchaban con unción y arrobamiento sin precedente en nuestra historia.

Ejercía entre todos sus partidarios todas las fascinaciones de un apóstol, y un prestigio semejante al que nos refiere Taine ejercía Napoleón entre todos aquellos rudos generales, cuando, á los 25 años, le tocó mandar la campaña de Italia, quienes *desde el primer instante, sin frases, ni gestos, ni amenazas, á la primera mirada del futuro grande hombre, quedaron dominados*.

Gómez dominaba con la mirada. Desus ojos fulguraba un hechizo magnético irresistible, una especie de mesmerismo que penetraba como un dardo en el sicoplasma de su auditorio embelesado.

General, habría sido un Bolívar, ó un Mitre, el otro hombre que he conocido cu-

yos ojos, como los de Gómez, fulguran como dos pilas.

No era fácil dominar tantos caracteres, entre ellos algunos tan indómitos como el de Sandes, que era una especie de león rústico, y los de Tajés, César Díaz y Gregorio Suárez, que estaban acostumbrados á los respetos que infundían sus insignias veteranas. Empero, ante Gómez como ante la cubeta de Mesmer, desaparecían todas las jerarquías y se confundían en un paroxismo cívico de fervor patriótico todos los prestigios.

Presenció un día una rebelión curiosa de Sandes, cuya impetuosa bravura de rey de las selvas se impacientaba con las teologías políticas del gran maestro.

Una mirada del apóstol lo hizo enmudecer y lo dejó extático.

Debió pasar por la ramazón cefaloraquidiana de aquel cíclope que se jactaba de ostentar cincuenta y dos heridas en el cuerpo, *todas curadas sin fiebre*, algo semejante á lo que les pasó al insubordinado Augereau y á Vandamme, *«el más brutal y enérgico de los generales de Napoleón»*, cuando éste los llama un día á su aloja-

miento, les hace esperar y, ceñida la espada y cubierto, les explica sus disposiciones, les da órdenes sin consultarles, y los despide. »

« Angereau, dice Taine, estuvo silencioso y hasta que salió afuera no se rehizo, teniendo que confesarle á Massena que el pequeño general le causaba miedo, sin poder comprender el ascendiente ejercido sobre él á la primera mirada, y Vandamme tuvo que confesarle un día al mariscal D'Orouano, que *este diablo de hombre ejerce sobre mí una fascinación que no me explico.*— Yo, que no temo ni á Dios ni al Diablo, cuando me acerco á él casi tiemblo como un chico, y me arrojaria al fuego por él. »

Gómez ejercía igual fascinación sobre todos los grandes veteranos de la Defensa. Más que prestigio, era culto lo que inspiraba. Era su genio quien los magnetizaba.

Sandes palidecía, con el rictus nervioso del héroe subyugado, después de esa escena, cada vez que lo escuchaba, y habría hecho por Gómez lo que Vandamme por Napoleón.

XI

Los sucesos revolucionarios que terminaron con la luctuosa hecatombe de Quinteros el 3 de Febrero de 1858, se desarrollaron después de esos destierros con rapidez vertiginosa.

En esa hecatombe sin ejemplo en los fastos de América, á raíz de una capitulación violada, cayeron casi todos los amigos de Juan Carlos Gómez, héroes de la Independencia los unos, como el general Freire, confundidos en la misma fosa funeraria los Tajés, Martínez Caballero, Poyo, Abella, Sacarelo, Espinosa, Burgos y cien más que eran glorias vivas de la Defensa, y el más ínclito de todos, el general don César Díaz, que había conducido nuestras legiones victoriosas en la inmortal jornada de Caseros.

Ese día, el partido colorado histórico fué decapitado en masa.—*La legalidad asesina*, como dijo Juan Carlos ⁽¹⁾.—*Exter-*

(1) Oneto y Viana: *La Política de Fusión*, pág. 467.

minado todo un ejército de patriotas, decía José Pedro Ramírez, por haber querido cometer el delito de reunirse en clubs y de votar en las urnas.

¡Qué tiempos! ¡qué barbarie! La patria enlutada cerró para siempre sus puertas al prócer que, contrariado, impotente y decepcionado, no quiso ya volver más á ella.

La barbarie sangrienta de Quinteros, probando, una vez más, *que el martirio es el riego fertilizante de la fe y la semilla de todos los heroísmos que han salvado las grandes causas* ⁽¹⁾, trajo al poco tiempo la gran cruzada libertadora, capitaneada por el general Flores, quien, con esa página histórica, borró muchos de sus pasados errores.

No me toca abrir juicio sobre esa epopeya, que no sancionó sin restricciones el gran maestro, como que abrió por segunda vez, aunque en concepto de aliado, á un ejército extranjero, las puertas de la patria; alianzas que, si bien han dado sus frutos históricos, él nunca había aprobado, como

(1) Palabras del autor de este trabajo biográfico al final de su oración fúnebre, pronunciada el 2 de Febrero de 1884 al pie del mausoleo de los mártires de Quinteros.

no aprobó la expedición brasileña de 1854, traída al país por el mismo general Flores, con el doble objeto de afianzar su dominación personal y domeñar las resistencias patrióticas del partido conservador.

XII

Fué duraute su larga expatriación y en presencia de todas esas alianzas anómalas donde acabó de madurar Juan Carlos Gómez la idea que había siempre evangelizado su espíritu clarovidente, de la reconstrucción del Virreinato, fijando la capital en Montevideo.

El espectáculo de las luchas intestinas en ambos países; la historia de sus invasiones recíprocas, después de la caída de Rosas, que siempre apoyaron su base agresiva de operaciones en la autonomía de una y otra banda, de las que pueden servir de ejemplo la invasión que el general don José María Flores llevó del Estado Oriental sobre En-

tre Ríos el año 1853 ⁽¹⁾, y la de la escuadra de la Confederación, armada en Montevideo, bajo el comando de los coroneles Mauricio y Salvañach, con la complicidad del gobierno oriental, para forzar el Paso de Martín García el año 1855, cuando Buenos Aires estaba en guerra civil con la Confederación, y las correlativas que ocurrieron más tarde á impulso de las mismas leyes de afinidades históricas de ambos partidos tradicionales; — como ser la expedición revolucionaria al mando del general César Díaz en 1858 y la invasión del general don Venancio Flores en 1863 — hechos que han seguido repitiéndose por pasiva hasta nuestros días ⁽²⁾, veinte años después de la muerte del prócer — habían fortificado en su espíritu la convicción de que la existencia del Estado Oriental segregado del gran organismo nacional argentino, de que había formado parte integrante, no era posible, sin comprometer su desarrollo orgánico, sin mengua de su vitalidad y sin la desapari-

(1) García Merou: *Historia de la República Argentina*, tomo II, página 374.

(2) Las dos últimas expediciones revolucionarias del partido nacionalista partieron de Buenos Aires y se robustecieron con el notorio concurso y la tolerancia de sus gobiernos.

ción inevitable de nuestra martirizada nacionalidad.

Se había convencido de que sacrificábamos, como los aztecas, á una divinidad quimérica, toda nuestra savia, lo mejor de nuestros hijos.

— *Cuarenta y nueve años de martirio*, exclamaba el año 1879, *sin un día de verdadera libertad y de positivo sosiego!* ⁽¹⁾

Si hoy viviera, todavía podría exclamar: *ochenta años de martirio*, de espejismos de independencia y de libertad, de raudales de sangre fratricida derramados para glorificar una deidad quimérica, y la patria como Italia, según la expresión del poeta, convertida en *un polvo de héroes*.

Entonces ya no pudo resistir más, ni ahogar por más tiempo dentro del pecho convicciones que atormentaban su alma, y arrostrando preocupaciones, fanatismos románticos, fetiches de terruño, invectivas, calumnias, mezcladas con los anatemas provenzales de los poetas felibres, y hasta las censuras de sus más caros discípulos, aprovechó las fiestas de la Florida — que tan

(1) Carta-polemica dirigida al doctor Alejandro Magariños, en 15 de Mayo de 1879, publicada en *El Siglo* de ese año.

luego bajo la sombría tiranía de Latorre solemnizaron la independencia—para lanzar su protesta en medio de ese festín de embriaguez helénica—protesta que nos hirió en la frente á todos—que yo mismo conceptué con mi inexperiencia juvenil un sacrilegio, pero que, con el estudio, la experiencia y los años, he comprendido que fué una profecía dantesca, á la que los hechos no hacen sino dar la razón después de sus días.

Nada pudo, sin embargo, quebrantar su fe en sus oráculos, pues murió impenitente, como Galileo, exclamando: *E pur si muove.*

Yo sé que cumplo su último codicilo secreto demostrando ese movimiento, justificando la intuición genial de esa fórmula del gran maestro, que sólo delinquiró ante sus contemporáneos viendo claro en el porvenir, mostrando al país como Moisés la tierra prometida, y al que sólo le faltó, como á Josué, el poder bíblico de hacer parar el Sol del Destino, para que alumbrara al mundo del Plata de *eterna claridad.*

XIII

¶ Pero antes de hacer esa exégesis expiatoria á que consagraré la segunda parte de este bosquejo, oigamos por última vez á su alma lacerada contestar con sublimes ironías las mil calumnias de los libelistas ortodoxos, las asonadas literarias que pretendieron ahogar sus profecías sin meditarlas, sin comprenderlas, condenándole como herejarca, traidor, apóstata, tráfuga, renegado, á él, que, cual ningún otro uruguayo, había sido el confesor y mártir de esa independencia llorosa, el crucificado de los barrabasismos de su patria, el defensor heroico de la dignidad y de la integridad nacional contra el Imperio y contra Rosas,— á él, que, después de haber predicado las virtudes con el ejemplo de una vida sin mancha, tuvo, como Savonarola, según dijo un diario argentino, *el inaudito coraje de la impopularidad.*

Oigamos esa imprecación, digna de Escipión el Africano:

«Nací el año 20, el año de las montoneras y de las independencias. No había entonces nacionalidad oriental. El Estado Oriental era una provincia argentina. Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal, y calcule usted (se dirigía al doctor Magariños) el camino que hubieran hecho mis ambiciones desde el año 1825 en este ancho campo en que podía aspirar á la posición encumbrada y á la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados nacidos bajo la bandera oriental se han hecho declarar argentinos, y han sido diputados, senadores y ministros, y tal vez llegue alguno á calzarse la Presidencia.

«Yo preferí á esa tentación de la Montaña correr la suerte adversa de mi provincia natal, por falta de corazón, no abandonando á la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, corriendo sus tempestades, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme solo en la playa aterido y desnudo.

«Yo preferí, por falta de patriotismo, ser el ciudadano de una pobre provincia, asolada por la guerra, descuartizada por los cau-

dillos, á ser prócer de una grande y próspera República ó magnate de un opulento y vasto Imperio.

«Se han revelado tantos corazones y tantos patriotismos entre mis conciudadanos ó comprovincianos de la época presente, son tantos allí los que han hecho el sacrificio de sus intereses, los que han dado la espalda á la elevación personal y á la fortuna pingüe, los que han prohiado la pobreza humilde que ha dejado de ser la *fecunda virorum paupertas* del poeta,—son de tal tamaño las abnegaciones, que no debe parecerme extraño que se feliciten de poseer trescientos atenienses más dignos que yo de llevar una piedra al edificio de la glorificación de la patria (sic).»

XIV

Yo, que por poco menos fuí también declarado *traidor á la patria* por los tiranuelos é incondicionales de mi propio partido ,

(1) Decreto de 25 de Marzo de 1881.

que reservaban sus plomos para el delito de no pensar como ellos, ni acompañarlos en sus explotaciones tunecinas del sentimiento nacional, no puedo leer estas páginas sin que vengan á mi memoria aquellas sublimes ironías de Proudhón que repiten todas las almas superiores, doloridas por la satiriasis servil del egoísmo humano.

«¡Ironía! ¡verdadera libertad! Tú me libras de la ambición del poder, de la servidumbre de los partidos, del respeto de la rutina, del pedantismo de la ciencia, de la admiración de ciertos grandes personajes, de los engaños de la política, del fanatismo de los reformadores y de la adoración de mí mismo. —¡Ironía! Tú te revelaste antiguamente al sabio en el trono, cuando figuraba como un semidiós, para que exclamara: *vanitas vanitatum*.—Tú fuiste el demonio familiar del filósofo cuando desenmascaró al sofista, al hipócrita, al ateo, al epicúreo, al cínico.—Tú consolaste al justo moribundo cuando oró en la Cruz por sus verdugos, y dijo: «Perdónalos, padre mío, que no saben lo que hacen».

Juan Carlos Gómez no se defendía en esas páginas, como en cien otras no menos

vigorosas que ha dejado escritas: tan sólo perdonaba, como Jesús, con esas ironías sublimes, á los queregonaban su crucifixión.

¿De qué podía defenderse, él, cuya vida fué siempre transparente y un sacrificio constante; él, de cuya pluma jamás brotó un insulto para sus más implacables enemigos; él, *que colocado*, como decía *La Nación* de Buenos Aires, *á la cabeza de todos los diaristas del Plata, dió el modelo de admirables formas literarias que lo dispensaban del insulto?* ⁽¹⁾

¿Qué flecha charrúa pudo jamás alcanzarle en el zenit, á que lo elevó su genio, justiciero y magnánimo?

La apoteosis que hoy le rinde su patria, como la que la Francia entera rindió á Hugo, que con sus Castigos la vengó de la afrenta del segundo Imperio; como la que la Argentina rindió á Sarmiento, proscrito, maestro y profeta menos infortunado que Gómez; como la que en vida ha glorificado á Mitre, que tuvo la sublime inercia de guardar treinta y cinco años en su archivo las piezas convincentes de su genio militar, tam-

(1) *La Nación*, artículo necrológico publicado en su *Corso financiero*, pág. 52.

bién calumniado, son el mejor testimonio de que la causa de los grandes hombres, de los *seres-faros*, como los llama Díaz Mirón, que *alumbran hasta morir*, no necesita ser defendida.

El siglo *xix* fué el siglo de las apoteosis en el viejo mundo, el siglo *xx* empieza á ser el de las apoteosis del mundo americano, cuyo panteón está poblado de apóstoles, de libertadores y de mártires. El Uruguay da hoy ese noble ejemplo á la América.
